

SCIACCA, Michèle Federico: *L'oscuramento dell'intelligenza*. Marzorati Editore, Milano, 1970. 201 págs.

Bien conocido es entre nosotros el doctísimo profesor Michèle Federico Sciacca por sus obras de Filosofía, algunas traducidas al castellano, y por sus notables conferencias pronunciadas en España. Más de una treintena de obras publicadas con varias ediciones y traducciones y una decena en preparación, amén de numerosas conferencias y artículos, nos presentan a Sciacca como uno de los filósofos contemporáneos más agudo y que no se para en la constatación ni siquiera en el planteamiento de problemas, sino que va hasta al fondo, hasta sus ultimidades, pretendiendo darles solución adecuada. Porque Sciacca es, sobre todo, metafísico. Su libro que ahora presentamos (y del que en otro lugar nos ocuparemos con mucha mayor extensión) se titula *L'oscuramento dell'intelligenza*, y si de un lado se relaciona con la temática desenvuelta en sus anteriores *Filosofia e antifilosofia*, *Gli ariete contro la verticale* y *La Chiesa e la civiltà moderna*, por otro profundiza o enuncia por primera vez algunos conceptos metafísicos sobre los cuales funda la tesis que en él sostiene. Esto es lo que ha decidido al autor—lo dice él mismo en *Premessa*—a presentarlo como parte del *corpus* de la *Filosofia dell'integralità*.

A través de un análisis perspicaz y profundo de los conceptos de «inteligencia» y «estupidez», considerados en sentido filosófico, moral, religioso y político, Sciacca recoge de nuevo, de modo original, el debatido y apasionante problema de la decadencia de Occidente y lo presenta como problema de la *corrupción* de la civilización occidental, perdida y sustituida por el occidentalismo, que tiene su expresión más típica en nuestro tiempo en la sociedad tecnológica. En el estudio histórico-filosófico que hace de la compleja problemática, ofrece una denuncia clara y valiente del occidentalismo en todos los aspectos y una invitación a colaborar y contribuir a su disolución por el renacimiento de los valores morales y espirituales de Occidente y de la verdad cristiana en una cultura nueva. Esta es la tesis fundamental del libro y a ella sirve con magisterio lógico-metafísico el profesor Sciacca.

Escrito en un estilo sugestivo y punzante, el libro es—lo dice su autor—«provocativo», quiere desvelar, «inquietar», «irritar también». Por eso se puede prestar a fáciles críticas superficiales. Pero, consciente de esto, el filósofo y metafísico que es Sciacca no se para en el camino ni hace concesiones graciosas, por el contrario, va a la raíz de un problema, de una perspectiva, de un movimiento cultural; se concentra sobre lo esencial y concluye con la aceptación o repudio. Pero—y esto merece ser subrayado—no es Sciacca un nihilista «protestario», porque si, ciertamente, da juicios negativos y tajantes sobre este o aquel movimiento cultural y pone en su acerada y acertada crítica todo el peso de su agudeza filosófica y hasta la energía de su genio latino, recoge también las aportaciones positivas porque, como buen agustiniano que es, sabe que en todas las culturas y sistemas se encuentra algo de verdad. Y porque «el nihilismo es propio de la estupidez», el libro traspone sobre

el plano de la «inteligencia» todos los elementos positivos para el desarrollo y el perfeccionamiento del hombre en su integridad, y ofrece también un punto de vista para mejor comprender la sociedad en la cual hoy vivimos. Y, a diferencia de Marcuse y de otros revolucionarios al uso, no todo es malo, para Sciacca, en la sociedad actual y no deja de haber elementos aprovechables, que una crítica «dentro del sistema» descubre, para una superación de los males presentes en una sociedad mejor, que es la que propugna el autor. No destruye Sciacca por destruir, ni es su libro contradicción y negación sistemática, sino que, en el fondo, es más bien positivo, ya que quiere «liberar del peso de lo negativo las condiciones indispensables para ese renacimiento de valores», y recuperar en una nueva civilización cuanto de positivo ha producido el occidentalismo mismo.

Partiendo de esas dos nociones fundamentales y opuestas, la «inteligencia» y la «estupidez», construye el autor la doctrina metafísica de la crisis del occidentalismo, producida por el *oscuramento della intelligenza* y caída en la *stupidità*, y el renacimiento de una cultura nueva que retornará a la revalorización de Occidente y sus productos que sólo en ella podrán ser positivos y que hoy, es preciso reconocerlo, resultan negativos, precisamente por el «oscurecimiento de la inteligencia». Y este oscurecimiento se debe—y esta es la tesis metafísico-realista de Sciacca—a que la cultura occidental ha perdido su fundamento en cuanto ha perdido el ser. Porque no se pierde el ser sin pagar el tributo tremendo del nihilismo; no se provoca el oscurecimiento de la inteligencia sin pagar la condena a la estupidez; no se debilita la conciencia moral sin caer en la corrupción. El occidentalismo es el castigo que todos merecemos por haber perdido la inteligencia del ser y con ella los valores de Occidente.

Con un fuerte sabor agustiniano y rosminiano, Michèle Federico Sciacca expone la dialéctica de la inteligencia, que es la dialéctica del hombre vinculado con «relación a» sí mismo, a las cosas, a sus semejantes y a Dios. Esto es, el «reconocimiento del ser en su orden», que es el principio teórico del que hace derivar Rosmini el principio general ético de obrar conforme a ese reconocimiento y sus exigencias. Decir inteligencia es decir intuición intelectual del ser, principio fundante y verdad primera. A medida que reconocemos el ser, y nuestro propio ser, en su orden se aviva la confianza de «realizar el ser» según el grado de entidad de los objetos: es el orden moral fundado en el orden ontológico del ser. Cada pensante es un ser finito en relación ontológica con lo infinito como Idea; como tal, está en relación con el mundo y con lo Infinito subsistente; es decir, la inteligencia está «encadenada» al mundo y juntamente «desencadenada» a su superación hacia el Ser. Por eso, siempre insatisfecha e indomable, se «opone», y oponiéndose, el hombre se construye y construye en este mundo, cumple su misión terrena y cósmica por un fin no-terreno y ultracósmico. El principio dialéctico está propiamente en la inteligencia y hace del hombre un pensante. Este principio dialéctico se puede formular diciendo que la inteligencia del ente finito está ontológicamente constituida en su límite más allá de todo límite de lo real en el sentido de que, para el ser en su extensión

infinita que es su objeto, tiene en sí los límites de todos los entes finitos. El límite es el constitutivo ontológico de todo ser y, como tal, no es ni deficiencia ni imperfección. Por eso el antropocentrismo «protestatario» de la actualidad que dice que al hombre (tal y como le quieren—medida de todo ser—) le falta ser él principio de sí mismo, no hace sino—aun no queriéndolo—decir que no le falta nada, porque como ser finito no puede ser absolutamente y, si lo fuese, dejaría de ser lo que es; tampoco tiene sentido decir que al hombre le falta la libertad absoluta, porque no compete esto a su ser y es claro que no puede ser absolutamente libre quien empieza por no ser absolutamente. La sabiduría es vivir y existir según la inteligencia o según el orden del ser, esto es, sentir, conocer, querer a sí mismo y a cada ente *en* y *con* sus límites, que es quererles y promoverles su perfección.

Cuando la inteligencia pierde estos conceptos y la conciencia de sus límites no es inteligencia, sino *oscuramento dell'intelligenza* misma por la tentación de ser el hombre otra cosa de lo que es, corrupción por soberbia que le lleva a la negación. Pero, para Sciacca, la inteligencia, medida de los sentidos, de la razón y de la voluntad, es, sin embargo, *misura misurata*. La inteligencia es medida objetiva de todo ente real en cuanto tal, sólo si ella misma es medida en relación al Ser infinito que la ha hecho inteligente. Únicamente Dios es la inteligencia primera y *absoluta*, cuyo signo no es el límite. Y el que está ordenado a Dios y a los órdenes del Ser, no puede recibir—dice Sciacca con palabras de Rosmini—órdenes de alguien: es libre.

Pero el *oscuramento dell'intelligenza* o la pérdida temporal del sentido del límite, y por eso del límite de todo ente, conduce a la *stupidità*: oscurecida la inteligencia, la razón se vuelve estúpida. Sólo el hombre es estúpido porque sólo él es inteligente. Y no se crea por esto que Sciacca confunde la estupidez con la deficiencia de subnormales o con la debilidad mental, sino que ontológicamente el hombre permanece el que es, pero se comporta de un modo diferente de lo que es, no como ser inteligente. En otros términos precisos: «*Dov'è il limite, l'è il segno dell'intelligenza; dove il limite è negato, è il segno della stupidità*». Pero no siendo la estupidez una enfermedad mental, es la más peligrosa enfermedad de la mente, de la voluntad y de los sentimientos. La estupidez nace de la debilidad de los sentimientos o «imbecilidad sentimental» (no de la imbecilidad congénita); de la debilidad de la razón o «imbecilidad racional», y de la imbecilidad de la voluntad o «imbecilidad volitiva».

Esta estupidez, o triple imbecilidad «historicizada», es la que ha seguido el proceso del occidentalismo que ha culminado en las «estupidísimas» afirmaciones de la «muerte de Dios» (en Nietzsche) o de la «muerte del hombre» (en el antihumanismo estructuralista de Foucault). A esta «estupidez historicizada» o proceso del occidentalismo dedica el autor la segunda parte de este interesante libro.

Tras un rápido recorrido histórico de la pérdida, por el nihilismo, del Occidente y de la consideración de las etapas que ha recorrido el occidentalismo en esta pérdida, dedica Sciacca unos breves capítulos a «la tecnocracia de los fuegos fatuos del occidentalismo», y a la «impiedad

cultural y religiosa» como verdaderas causas del *oscuramento dell'intelligenza* y de la corrupción occidentalística, en todos los planos, que denuncia y critica severamente y con gran rigor lógico.

Pero como Sciacca construye y no destruye, como el saldo de su acerada crítica es positivo, se propone indicar, «teniendo en cuenta el Concilio Vaticano II», una ontología que sea el fundamento de la revalorización de las realidades terrestres, que sin ese fundamento no son nada, en la integralidad del hombre «cuyo fin son las realidades celestes».

Tres son los momentos históricos en los que se fija el autor hasta llegar a la época actual: el helenismo, el romanismo y el occidentalismo, que son, respectivamente, «*corruzione dell'Ellade, di Roma e dell'Occidente*», y por lo que paralelamente y, *a sensu contrario*, la inteligencia y la estupidez van a disputarse su hegemonía y en los que Occidente y su supervivencia ve confirmarse la exaltación del occidentalismo que, a su vez, será víctima de su corrupción. Pero Sciacca hace partir las etapas más decisivas del occidentalismo y la pérdida del Occidente del Renacimiento que, si bajo ciertos aspectos señala el máximo de esplendor del Occidente, alumbra los primeros síntomas del occidentalismo que ya no se ha detenido hasta el momento actual de la «tecnocracia» o «fuegos fatuos del occidentalismo», en cuyo enjuiciamiento, el doctísimo profesor italiano no se queda en lo negativo, sino que busca «salidas» airoas y únicas a esta situación presente, no en el «nihilismo», la «protesta», la «revolución» o la «nada», sino en posiciones superadoras a las que no quieren acudir tantos inconformistas de nuestros días.

Un libro interesantísimo y de la mayor actualidad este de Michèle Federico Sciacca al que dedicaremos próximamente una merecida y mayor atención que la permitida en los límites de una recensión.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

*Sociologie du droit et de la justice*. Actas del coloquio internacional de Bruselas del 9 al 12 de abril de 1969. Bruselas, 1970. 194 págs.

La preocupación de todos los autores que participaron en este coloquio internacional sobre la sociología del Derecho estriba en profundizar, a nivel de la experiencia empírica, las cuestiones concretas y particulares que resultan de las relaciones entre las estructuras de derecho determinadas y el contexto social en el cual estas estructuras deben insertarse. Problemas relacionados con esto son: 1) la génesis de una norma o de una institución jurídica concreta; 2) los efectos de esta norma o institución en la sociedad; 3) las funciones o papeles que asumen los diversos protagonistas en la vida del Derecho y el impacto de sus decisiones sobre aquélla; 4) las reacciones de la opinión pública a estas funciones y decisiones, así como la eficacia o ineficacia de las normas o instituciones determinadas.

Hay, pues, un deseo enorme porque la sociología del Derecho sea eminentemente práctica, empírica, forme parte de la sociología aplicada.